

Revista Aragonesa de Teología

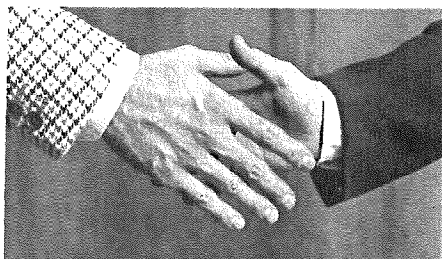
Año II - Nº 4 - 1996

Julio-Diciembre



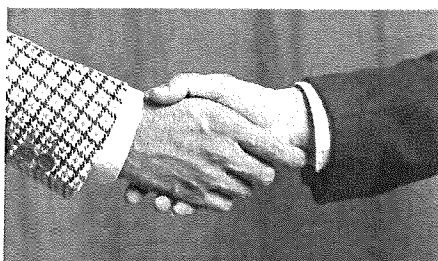
a su lado.

deseamos ofrecerle



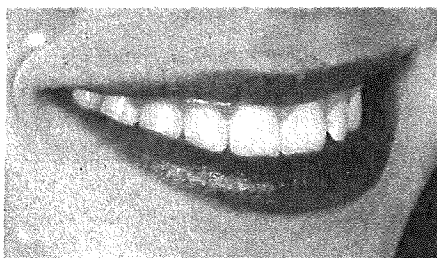
el mejor servicio,

el trato más cercano,



el mejor equipo humano

Siempre a su lado...



... con nuestra mejor sonrisa

Desde 1905 junto a usted.

CAI CAJA DE AHORROS
DE LA INMACULADA

Aragón es nuestra tierra

**Revista
Aragonesa
de
Teología**

CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
1996

Edita:
C.R.E.T.A.
Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Dirección:
José Alegre Aragüés

Comité de Redacción:
Carlos Tartaj Sánchez
Alfonso Ortiz García
Julián Ruiz Martorell
José-María Andreu Celma

Confección y maquetación:
Miguel-Ángel Segura Caso

Administración:
C.R.E.T.A.
Condes de Aragón, 32
50009 Zaragoza
Tel. 751134

Impresión:
EDELVIVES
ISSN: 1135-0447
D. Legal: Z-169/95

SUMARIO

	Pág.
EDITORIAL	5
1. Reflexiones sobre el mensaje de Jesús (II), Vicente García Revilla	7
2. Aproximación a la lectura de la Biblia (II), Ángel Gil Modrego	17
3. Sansón, el consagrado infiel amado por Dios, Pedro Ignacio Fraile Yécora	35
4. Teilhard de Chardin: el diálogo entre ciencia y fe, José Luis Febas Borra	45
5. El problema del lenguaje religioso en el actual marco cultural, Sandalio Aznar Tello	57
6. Panorama eclesial desde el valle, José María Nerín Baselga	65
7. Figuras del Cristianismo en Aragón: Inocencio Jiménez Vicente: «Un semblante social edificado sobre roca», Fernando Urdiola Guallar	73
8. Problemática del mundo rural: Apuntes para una pastoral misionera en el mundo rural, José Guarc Pérez	83
9. Comentario de libros	93

Aviso a nuestros lectores:

Dé a conocer nuestra Revista.

Suscríbase y domicilie la suscripción.

Envíenos los datos de su entidad bancaria junto con el N.º de su cuenta.

Recuerde que deben ser veinte los dígitos que constituyen el conjunto de los datos bancarios.

Le agradecemos que lo haga así por la facilidad que significa para nosotros el cobro de la suscripción anual.

Nuestra dirección es:

CRETA
C/ Condes de Aragón, 32
50009 Zaragoza

EDITORIAL

Con el otoño comienza cada año un nuevo curso y con él la ilusión de sembrar horizontes de formación y esperanza que ahonden sus raíces, permitan crecer a las personas y, desde ellas, a la sociedad y la cultura en donde cada uno ha puesto los pies de su vida, su compromiso y su afecto.

Es nuestro caso. La Revista Aragonesa de Teología llega a su número cuatro empapada en la lluvia otoñal de la ilusión, con el enorme deseo de ser siembra sencilla y abono constante para una comunidad: la Iglesia de Aragón, en donde pueda crecer la reflexión serena, la inquietud animada, la interrogación matizada, el deseo de vivir y pensar la fe en cercanía, con hondura y sin malabarismos eruditos.

Desde la continuidad que le aportan las secciones fijas, con la inclusión de temas que nos parecen adecuados a la línea de la revista, también con los pequeños-grandes inconvenientes que dificultan su marcha emprendida (lamentamos que razones familiares graves hayan hecho imposible el artículo sobre la Historia del Cristianismo en Aragón), deseosos de servir los centros de interés de nuestros lectores, os invitamos a participar en su elaboración con vuestras sugerencias y opiniones.

Nos parece necesario establecer una relación de diálogo con vosotros que apunte a ese sentido de un mejor servicio en la profundización de la fe y de presencia y relación con nuestros contemporáneos.

Siempre repetiremos nuestra gratitud a los autores que aceptan colaborar con entusiasmo y a todos los que hacen posible la revista, entre ellos a vosotros, lectores, que nos apoyáis y nos dais a conocer.

Reflexiones sobre el mensaje de Jesús (II)

Rev. Aragon. Teol. 4 (1996)

Vicente García Revilla

Extremada importancia de la nueva imagen de Dios

La imagen de Dios, revelada en Cristo, es el principio y fundamento, la raíz y la razón de todo. Vivimos según el Dios en quien creemos. La imagen que tenemos interiorizada de Dios es la que determina, dirige e inspira todo nuestro camino. «Sed imitadores de Dios, como hijos queridos y caminad en el amor, a imitación de Cristo que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio de suave olor a Dios» (Ef 5,1-2).

Todas las deformaciones que se han dado, a lo largo de los siglos, en la espiritualidad cristiana, han ido precedidas de una deformación previa en la imagen de Dios. Y siempre corremos el riesgo de hacernos un Dios a la medida de nuestro mezquino y rencoroso corazón. Sería apasionante ver cómo las desviaciones en la espiritualidad han estado fundamentadas en una anterior deformación de la imagen de Dios.

Sobrecoge pensar el cambio tan radical que se observa al pasar de los evangelios canónicos a los evangelios apócrifos: el Niño Jesús que en éstos se describe, un Niño Jesús infinitamente cruel y caprichoso, está denunciando un hecho muy grave: se ha olvidado la imagen de Dios revelada por Cristo y se ha fabricado un dios radicalmente distinto.

Mucho antes de que se escribieran estos «evangelios», ya en los primeros años de la evangelización, estalla el conflicto de Pablo con la Iglesia Madre de Jerusalén (Hch 15,1-35; Gal 2,1-14). No era una simple cuestión disciplinar, de observancia o no de la ley de Moisés. Era una cuestión de hondo calado teológico: estaba en juego el Dios de la gratuidad anunciado por Jesús, frente al Dios fariseo de la Ley, de las obras y de los méritos del hombre. Nos explicamos la firmeza e incluso intransigencia con que Pablo, durante toda su vida, luchó por preservar el núcleo simple y esencial del Evangelio. Queda eliminado todo intento de autoglorificación del hombre ante Dios. El hombre se justifica por la fe; es decir, gratuitamente (Rom 3,21-31). Las obras no son condición para la justificación, sino consecuencia.

El Dios de Eusebio de Cesarea que, después de la conversión de Constantino, ve en el Imperio Romano la realización del Reino de Dios que Jesús anunciaba, y que justifica la violencia del ejército romano para asegurar así el mantenimiento y la extensión del Imperio en todo el mundo, nada tiene que ver con el Reino que Jesús anunciaba por los caminos, que no es un Reino como los reinos de este mundo, que

se impone y se mantiene por la fuerza de las armas. El Dios amor es incompatible con el Dios de los ejércitos romanos y con el Dios de todas las guerras de religión que en el mundo han sido, incluidas las Cruzadas y las Ordenes Militares.

El Dios del «Cur Deus homo?» es el Dios-justicia pura y dura; no el Dios-amor.

No es algo inocente e inocuo el concepto que nos forjemos de Dios. No lo olvidemos: vivimos según el Dios en quien creemos. El tipo de espiritualidad que vivimos, la visión que tenemos del mundo, nuestra forma de comprender la historia pasada y de enfrentarnos con los problemas que afligen a nuestro mundo, todo está condicionado o influenciado por la imagen que nos hemos forjado de Dios. Y determina el estilo de nuestra oración y de nuestras relaciones con los demás. Tiene una decisiva importancia sobre nuestra conducta de cada día, nuestra escala de valores e incluso nuestras opciones políticas. Impulsa toda nuestra vida.

La fe no es, simplemente, una bella teoría que queda oculta en el fondo del corazón. La revelación que Jesús aporta sobre el hombre no es una revelación teórica sobre la verdad ontológica del hombre, sobre lo que el hombre es en sí mismo, sino sobre el actuar, sobre el vivir del hombre. La fe nos muestra el camino que tenemos que recorrer, lo que tenemos que hacer.

El hombre, un ser en camino

El hombre no es un ser que nace ya perfecto y acabado. El hombre, cuando viene a la existencia, es un ser que tiene que ir haciéndose. Es un manojo de posibilidades. Es siempre aprendiz de hombre. Nuestro ser no es estar ahí, como la piedra. La ley del crecimiento, de desarrollo es nuestra ley esencial. El hombre es vocación, proyecto, llamada. El hombre es un caminante.

La fe es la respuesta a la pregunta que los judíos, la misma mañana de Pentecostés con el corazón compungido ante la predicación de Pedro, hacen a los Doce: «¿Qué tenemos que hacer, hermanos?» (Hch 2,27). Es la pregunta por la acción, la pregunta fundamental. El evangelio no es una bella teoría, sino una tarea inaplazable.

El evangelio es «un camino», y así, con este bello y expresivo nombre, se llama en el libro de Hechos (9,2; 18,25.26; 19,9.23; 24,14. 22). «Camino» designa el estilo de vida de la comunidad cristiana y también esa misma comunidad cristiana.

De todas las revoluciones del evangelio, la más profunda, la más radical es la operada en el concepto o imagen de Dios que nos trajo Jesús. He aquí el punto de partida, el principio y fundamento, la fuente, la raíz del nuevo y original estilo de vida que propone Jesús. Todas las exigencias del evangelio se derivan de esta imagen de Dios como amor, y en ella alcanzan su sentido y su fundamento. Esta imagen de Dios no sólo nos revela el íntimo ser de Dios, sino que también nos manifiesta nuestro ser más profundo y las radicales consecuencias que se derivan para toda nuestra vida.

La vivencia que sostiene toda nuestra vida

Que Dios es amor no puede quedar reducido a una idea fría e inoperante que queda en la cabeza. Tiene que bajar al corazón, y conmoverlo y transformarlo y dinamizarlo y abrirlo al amor. Tiene que ser la vivencia gozosa y exultante que sustente, inspire y dirija toda nuestra vida. Tiene que ser la vivencia fundamental y abarcante sobre la que se asienta toda nuestra vida.

Y tiene que ser una vivencia dinámica, operativa. Hay que dejarse amar de Dios. Hay que sentirse amado de Dios. Esta es nuestra primera y máxima necesidad. El primer mandamiento no es ya amar a Dios sobre todas las cosas. El primer mandamiento, el primer deber, nuestra primera necesidad es sentirnos amados de Dios, dejarnos amar de Dios. Al sentirnos amados, al sentirnos envueltos, penetrados, sostenidos, inundados por el amor de Dios, nuestro corazón, conmovido, se abre al amor. Al sentirnos amados, espontáneamente, gozosamente, nacemos al amor. «Amor saca amor». «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que Él nos amó primero (1Jn 4,10.19). Sólo el amor hace posible y exige la conversión al amor (Cfr. Ro 2'4).

El doble mandamiento

Evoquemos la escena del doble mandamiento. Se le ha formulado a Jesús esta pregunta: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la Ley? La respuesta —el doble mandamiento— está especialmente subrayada en el evangelio de Mateo. No nos sorprende, ya que el evangelio de Mateo subraya, con especial intensidad, la paternidad de Dios y la fraternidad de los hombres. Nos fijamos en la versión que nos brinda el primer evangelio: Mt 22,34-40.

El amor a Dios, el primer mandamiento

Jesús responde a la pregunta que se le ha formulado, citando el texto del Dt 6,5. Es un texto capital. Es el único texto del A. T. donde encontramos formulado, de forma explícita, el mandamiento del amor a Dios. El sentimiento del amor a Dios llena todos los libros proféticos y los salmos; pero sólo de forma implícita o equivalente se encuentra el mandamiento del amor a Dios en Os 6,6 y en 2Re 23,25.

El texto del Deuteronomio recoge una especie de profesión de fe de Israel, que todo buen israelita aprendía de niño de memoria y que, después, durante toda su vida, tenía que recitar dos veces al día. Por eso, este texto contribuyó de forma decisiva a configurar la piedad de Israel como piedad inspirada por el amor. Es el conocido «Sema, Israel», escrito en las filacterias y en la mezuzá...

Jesús, desde niño, como buen judío, se sabía este texto y lo recitaba diariamente, por la mañana y por la tarde. Por eso, le brotó desde dentro, con toda naturalidad, la vieja y venerable fórmula, como respuesta a la pregunta que se le ha formulado. Era, no sólo un texto aprendido de memoria, sino hecho vida en Él.

El segundo, semejante al primero

Después, Jesús concluye: «Éste es el mandamiento principal y primero». Le han preguntado por el mandamiento principal y primero. La respuesta a la pregunta formulada está ya dada. Sin embargo, Jesús añade: «Pero hay un segundo mandamiento semejante al primero». Ya es sorprendente que haya algo al lado del mandamiento del amor a Dios, del mandamiento primero. Pero resulta más sorprendente que se diga del segundo que es semejante al primero. Esto es lo propio y singular del texto de Mateo. Así se pone en el mismo plano el amor a Dios y el amor al hermano. Se le concede al amor al prójimo el mismo rango, la misma dignidad, la misma suprema importancia.

Una síntesis perfecta

La originalidad de Jesús consiste en haber unido el amor a Dios y el amor al prójimo, y haber exigido que este doble amor inspire la vida del cristiano. Por eso, a la pregunta del doctor de la Ley le saldrá a Jesús con toda naturalidad aquellas otras palabras que se leían en el Levítico: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lev 19,18). De la enmarañada fronda de leyes del Levítico, como oculta y perdida en la maleza, se hallaba esta joya. Al colocar el mandamiento del amor al prójimo junto al gran mandamiento del amor a Dios, otorga Jesús al texto del Levítico un brillo, un relieve singulares. Y suprimirá radicalmente todas las limitaciones o restricciones con que era entendido el mandamiento del amor al prójimo; y extenderá ese amor a todos los hombres, incluidos los enemigos. (Mt 5,43-48).

Todos los mandamientos se encierran en dos

Los rabinos hablaban de 613 mandamientos, cada uno con su complicada casuística. En el A. T. se nos proponen los 10 mandamientos del Decálogo. Pero en este texto de Mateo, los 613 mandamientos de los rabinos y los 10 mandamientos del Decálogo quedan reducidos y resumidos en el doble mandamiento. «Estos 10 mandamientos se encierran en dos».

Jesús, en esta escena ha simplificado, de forma maravillosa, todas las obligaciones, todas las tareas, todos los deberes del hombre. Jesús coloca al hombre, a todo hombre, frente a una única tarea: la tarea del amor, del amor a Dios y del amor al prójimo. Jesús ha hecho de la palabra «amarás», la palabra clave, la palabra fundamental. Todas las obligaciones del hombre quedan reducidas a esta sencilla y esencial tarea: la tarea del amor, la única tarea. Jesús es el gran simplificador de la historia de la humanidad.

Una reducción más drástica

Pero Jesús hizo una reducción más radical, más drástica. Evoquemos la regla de oro, tal como la encontramos en Lc 6,31 y en Mt 7,21. La regla de oro, que era co-